

LOS  
MISIONEROS EN FILIPINAS

SUS RELACIONES CON LA

CIVILIZACIÓN Y DOMINACIÓN ESPAÑOLA

POR

VICENTE BELLOC Y SÁNCHEZ



MADRID

1895



LOS MISIONEROS

EN

**FILIPINAS**

---

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

---

LOS  
MISIONEROS EN FILIPINAS

SUS RELACIONES CON LA

CIVILIZACIÓN Y DOMINACIÓN ESPAÑOLA

POR

VICENTE BELLOC Y SÁNCHEZ



MADRID

1895

EN MADRID

Tiráronse cuatrocientos ejemplares

Á COSTA DE W. E. RETANA

*Por la Viuda de M. Minuesa de los Ríos*

Calle de Miguel Servet, núm. 13.

ENERO

DE

MDCCCXCV





# I

**E**XTENDIDA por el globo la sublime Religión católica, en todas partes llena cumplidamente su alta misión civilizadora, puesto que fué instituída por su Divino Fundador, no sólo para hacer la felicidad de los hombres en la otra vida, sino también en ésta. Una prueba de esta verdad inconcusa se halla palpable en el Archipiélago filipino, en donde al par que los Magallanes, Elcanos, Legazpis, Salcedos y otros no menos ilustres y esforzados varones, hicieron ondear en sus hermosas tierras el pendón siempre triunfante de Castilla los humildes secuaces de San Agustín, Santo Domingo, San Francisco de Asís y San Ignacio de Loyola; plantaron en sus playas el lábaro de la Cruz que había de regenerar bien pronto á sus habitantes, arrancándolos de las garras de Satanás y de las tinieblas de la ignorancia en que se hallaban sumidos, ha-

ciendo brillar para ellos la aurora del hermoso día de paz y bienandanza que hoy disfrutan. ¡Cuántos sacrificios, cuántas privaciones y cuántos sinsabores representan las conquistas llevadas á cabo por los hijos de la fe en aquel país en tres siglos y algunos años que cuentan allí de existencia! Dificilmente puede calcularlos aquel que no conoce el Archipiélago filipino, y quien, conociéndolo, no ha procurado estudiar la historia de las misiones en aquella parte de la Oceanía, y de las instituciones que á su sombra han ido desenvolviéndose.

Verdadero imitador el misionero de la abnegación y constancia de los discípulos del Salvador, renuncia á las comodidades de la vida civilizada por llevar á sus semejantes la luz del Evangelio; y abandona, tal vez para no volver á pisarlo, el suelo que le vió nacer; surca los mares sin sobresalto, y arriba á playas inhospitalarias. Afanoso por distinguir la huella del hombre, se interna por selvas impenetrables, teniendo por único testigo de sus padecimientos á la naturaleza, que se muestra con toda su imponente y salvaje majestad.

Si mueven su lengua las alabanzas del Altísimo, sólo responden á sus sagrados cánticos las hojas que agita el viento ó el torrente que se despeña, y cuando se recl-

na sobre el polvo para aliviar con un ligero sueño sus fatigados miembros; dirige al Cielo las plegarias del moribundo, porque no sabe si se arrodillará al siguiente día para saludar la nueva aurora.

Cuando encuentra los seres que busca, se ingiere entre ellos, y con inminente riesgo de ser sacrificado trabaja por inculcarles los principios de la Fe, hasta que consigue que aquellas frentes indomables se inclinen para recibir el agua que regenera; entonces se asocia á ellos, amoldándose á sus groseras costumbres para suavizarlas, y la misma mano que los bautiza y bendice, abre los surcos, arroja la simiente, planta frutales y edifica albergues. El misionero es el padre, el juez, el maestro, el consejero y el médico de la tribu ó ranchería, é instruyendo y consolando consume su ignorada existencia, hasta que el Criador le llama á descansar. Cuando llega este momento, una cruz sin inscripción señala el lugar de su sepulcro.

Esta es la historia en compendio de los misioneros en Filipinas, á los cuales debe considerarse héroes al par que mártires. Arribaron por vez primera á las ardientes playas de aquel país para hacer su conquista espiritual sin más armas que la Cruz, y llevando por baluartes sus generosos pechos inflamados del más puro amor á sus

semejantes y de la más acendrada caridad cristiana. Sin los necesarios recursos para la vida material, expuestos á la influencia de un clima mortífero para el europeo, lejos de su patria y de su hogar, teniendo que luchar contra las supersticiones del indígena, que tan poco afecto es á variar de creencias y de modo de ser, sin maestros que les enseñaran los múltiples idiomas y dialectos que se hablan en el país, y teniendo que buscar con gran trabajo la clave de ellos, á fin de unificarse con los naturales para darles á conocer los sublimes é inefables misterios de nuestra sacrosanta Religión. Nada arredraba á los misioneros Agustinos, que fueron los primeros que plantaron en Filipinas el hermoso y fructífero árbol santo de la Cruz, dispuestos á no abandonar el puesto de honor en que se habían colocado, y á emprender con toda la fe de que se hallaban y se hallan poseídos la conquista espiritual de aquellos desgraciados seres, sumidos entonces en la degradación moral más espantosa y en la ignorancia más supina.

¡Qué pluma será capaz de trasladar al papel los triunfos que han alcanzado los Agustinos en Filipinas, desde que el padre fray Andrés de Urdaneta y otros Agustinos más, que precedieron á los padres Franciscanos fray Juan de Plasencia, fray

Juan de Garrovillas y Fr. Esteban Solís, establecieron su primera misión en Filipinas! Á ellos, pues, cabe la gloria de haber sido los primeros, como antes se indica, que arribaron al país que tantos beneficios les debe. ¡Loor eterno á los heroicos secuaces de la doctrina de San Agustín! La patria podrá olvidar los sacrificios inmensos que hicieron y siguen haciendo; pero en el Cielo hallarán la inmarcesible corona con que orla las sienes de los que se sacrifican por difundir la luz de la Fe, y la historia escribirá con letras de oro, y pregonará en cien lenguas las glorias de los que llevaron la civilización á las muchas razas que pueblan el Archipiélago filipino.

Aun cuando todas las Ordenes religiosas que en él tienen asiento han rivalizado en celo evangélico y acendrado amor á su patria, para unir á ésta un pueblo eminentemente católico y civilizado que constituye el más preciado florón de su Corona, en este trabajo me propongo sólo hablar de los padres Agustinos, para demostrar, hasta donde mis escasas fuerzas alcancen, sus relaciones con la civilización y dominación española en Filipinas.

## II

Para exponer lo que son los Agustinos en Filipinas y sus relaciones con la civilización y dominación española en aquel país, preciso se hace remontarnos á los principios de la Conquista, puesto que la historia de las misiones agustinianas en el Archipiélago está tan íntimamente ligada con la de éste, que no puede tratarse con separación de la una sin comprender la otra.

Después de las frustradas tentativas hechas por Elcano, Loaisa y Villalobos para conquistar el país, Miguel López de Legazpi, hombre rico, generoso y afecto á su rey, no vaciló en aventurar todo su caudal en una expedición en que corrían inminente peligro de no volver. Extraño parece que en un país como México, lleno de aventureros valientes y arriesgados, de soldados emprendedores deseosos de hacer fortuna, sólo se encontrara un escribano—que esta era la profesión de Legazpi—que emprendiese la conquista de Filipinas, y á ella sacrificase cuanto poseía; pero la fe que abrigaba en un nuevo Colón, en el padre fray Andrés de Urdaneta, sabio

cosmógrafo que había formado parte de la expedición de Loaisa y que á su vuelta profesó en la Orden de San Agustín en 1553, le movió á sacrificar toda su fortuna á un proyecto que tenía más de religioso y civilizador que de utilidad material.

No se extrañe que llame al padre Urdaneta nuevo Colón, puesto que aquél, así como éste, buscó en la Corte protección para llevar á cabo su gran pensamiento. El padre Urdaneta fué á la Corte y convenció á D. Felipe II de la necesidad y conveniencia de conquistar las Islas Filipinas; después se dirigió á México, en donde también procuró llevar igual convencimiento al ánimo del Virrey, y además en dicha ciudad revolvió el cielo con la tierra, como suele vulgarmente decirse, hasta que halló á Legazpi; indicando algunos escritores que la Orden de San Agustín también contribuyó á los gastos de la expedición, que en verdad fué bien pobre, pues sólo la componían cinco barcos y cuatrocientos hombres entre soldados y tripulantes, llevando no más que los víveres necesarios para los días que durase el viaje; es decir, que tenían que recogerlos en el país con la punta de la espada, si necesario fuera, porque el jefe de la fuerza llevaba instrucciones de no hacer uso de las armas sino por extrema necesidad, y sólo para tomar posesión.

en nombre del Rey de todos los terrenos que hallasen.

Cuán difíciles fueran las probabilidades de éxito, lo prueban: el haber sido asesinado Magallanes en la isla de Mactan, cerca de Cebú; Sebastián Elcano llegó á Sanlúcar de Barrameda con diez y ocho hombres, no más, de doscientos treinta y cuatro que había embarcado; Loaisa y el mismo Elcano murieron en el mar á la siguiente expedición, y la gente se vió reducida, por la fiereza de los indios, el hambre y las enfermedades, á menos de la tercera parte, quedando ciento veinte españoles encerrados en la isla de Tidor, del grupo de las Molucas, donde hicieron verdaderos portentos de valor en medio de los horrorosos peligros en que se vieron; Villalobos perdió un buque con toda su tripulación cerca de Mindanao, habiendo pasado tantas necesidades, que los marinos se caían muertos; él mismo murió en Amboina, abrumado por sus desgracias y sin más consuelo que el de que le asistiese San Francisco Xavier.

El no haberse dirigido cuatro de estas expediciones á Filipinas, sino á las Molucas, aumentaba los peligros, pues la existencia de las Islas de Poniente, como se llamaba entonces el Archipiélago, era para algunos un sueño. Sólo el inolvidable pa-

dre Urdaneta, que había estado en ellas, tenía una confianza sin límites, y logró infundir su misma esperanza al escribano Legazpi, según va dicho.

Quince años tardó el padre Urdaneta en llevar á cabo su inspirada propaganda y su gran empresa; consistiendo esta tardanza en que fué tal el pánico que se apoderó de los marinos, y tan horrorizada estaba la opinión pública cuando llegaron á España en 1549 los restos de la expedición de Villalobos, que nadie quería oír hablar de las Islas de Poniente.

Sólo cuatro religiosos Agustinos acompañaban al padre Urdaneta en la expedición, y lo fueron fray Martín de Rada, fray Andrés Aguirre, fray Diego de Herrera y fray Pedro Gamboa, pues aunque consiguió llevar también á fray Lorenzo Ximénez, éste murió al embarcarse, en Octubre de 1564.

Veamos cuál fué la política empleada por el padre Urdaneta y por Legazpi, y los medios por donde llegaron con tan pobrísimos elementos á pacificar completamente tan extenso país como lo es Filipinas, poblado de razas tan numerosas y salvajes; teniendo para ello en consideración que los portugueses, irritados por nuestro empeño en apoderarnos de las Molucas ó islas de la *Especería*, iban de-

lante de nosotros suscitándonos todo género de dificultades y hasta facilitando á los indios armas de guerra y artillería; pero que por fortuna fué poco el tiempo que tuvieron para perderles el miedo y aprender á manejarlas.

En 27 de Abril de 1565 se hallaba Legazpi en el puerto, ó, mejor dicho, rada de Cebú, cuyo régulo le preparó una traición en que hubieran perecido todos, pero fué descubierta y dió esto motivo para que se apoderasen de la población tratando á los indios tan humanamente, que pronto bajaron del monte á vivir al lado de los españoles. Parte de la familia del régulo se hizo cristiana, y el bautismo de una hija de éste, celebrado con gran pompa, los atrajo por completo.

Cediendo los indios al espíritu de imitación que tanto les distingue, procuraban en todo hacer cuanto veían á los españoles; y el padre Urdaneta y sus misioneros aprovecharon esta feliz disposición para irlos encaminando hacia la religión Católica. Pero, á pesar de esto, llegó el momento en que escasearon los víveres, porque los indios sólo se los daban á cambio de cuentas de vidrio y otros objetos, y se acabó la provisión de aquéllos; hubo ocasiones en que se alimentaron de raíces; pero pasado este conflicto se empezó á re-

correr el país, saliendo los soldados con los religiosos que por señas predicaban á los naturales la paz, y, tratándolos con blandura, se los fueron atrayendo, tanto, que cuando Legazpi salió de Cebú ya quedaba allí una población cristiana, dirigida por los padres Rada y Herrera, que levantaron la iglesia del Santo Niño, y eran tan queridos de los habitantes, que consiguieron bautizar el mismo régulo.

El padre Urdaneta volvió á España para pedir refuerzos y más religiosos, pero los que en Cebú quedaron, y de que va hecha referencia, no permanecían inactivos, pues extendieron su conquista á Iloilo, y luego al resto de la extensa, hermosa y fértil isla de Panay, viviendo en aquellos bosques vírgenes solos, en medio de gentes salvajes y desconocidas, sin más armas que la palabra, ni más sostén que la fe. Así conquistaron ¡sólo dos frailes! todas las islas Bisayas, lo cual parece increíble al que desconoce la historia de las misiones cristianas.

### III

Siguiendo Legazpi su viaje de exploración, llegó á Manila con su nieto Juan de Salcedo y 120 hombres más, y libró una

batalla con el rajá de Tondo, que entonces allí dominaba, habiendo encontrado un artillero y doce cañones portugueses, lo cual viene á confirmar la guerra que éstos nos hacían desde el principio de la Conquista para evitar que llevásemos ésta adelante; pero por fortuna á la sazón llegaron refuerzos y dos Agustinos más, llamados Fr. Juan de Alba y Fr. Alonso Ximénez, y pudo ocuparse seriamente Legazpi en organizar el país que dejaba conquistado, fundando en Cebú la ciudad del Santo Nombre de Jesús; concentrando en Panay sus fuerzas para acometer de lleno á la isla de Luzón, y dejando en Masbate un religioso con seis hombres para regularizar en lo posible sus relaciones con la retaguardia.

Sospechoso parecía á Legazpi no encontrar resistencia en los tagalos, pueblo aguerrido y numeroso que hizo frente con mucha energía á Juan de Salcedo; pero no contaba que á esto contribuían las predicaciones que sin descanso hacían los misioneros Agustinos, y además la fascinación que en aquel pueblo produjo el arrojo de aquel puñado de soldados valerosos, aparte de que la conducta de Legazpi, enteramente cristiana, como inspirada por el padre Urdaneta, debía producir extraordinario encanto y admiración en los indios, á

quienes lejos de imponerse de una manera ostensible, dijo que venía de parte de su Rey á ser su amigo y á enseñarles la religión del verdadero Dios, á cuyo fin les traía ministros de ella; lo cual bien pronto les acreditó la experiencia: así es que la conversión de los reyezuelos de Manila fué tan pronta como sincera, á pesar de la rebelión á que fueron lanzados por los indios de Hagonoy y Macabebe, y pudo trazar la actual ciudad de Manila en 15 de Mayo de 1571, día de Santa Potenciana, diciéndose la primera Misa en el convento de San Agustín; epopeya que sólo duró un año. ¡Imposible parece un éxito tan rápido como eficaz, teniendo en cuenta que medio siglo antes dieron muerte los indios á Magallanes!

¡Quién no ve en esto una fuerza superior á la de las armas? Y tanto es así, cuanto que los trabajos y las fatigas indecibles que sufrieron los religiosos Agustinos, consumieron la existencia de la mayor parte de ellos; pues el P. Urdaneta murió en 1568 al regresar de España en la expedición que le confiara Legazpi; Fr. Martín de Rada, que no quiso aceptar un Obispado con que le premiara el magnánimo y prudente rey D. Felipe II sus trabajos apostólicos en Cebú é Iloilo, y que además hizo su primer viaje á China para entablar relaciones mer-

cantiles con este Imperio, murió en el mar en 1578, yendo á Borneo con el gobernador D. Francisco de Sãnde; Fr. Diego de Herrera, que fué quien bautizó al régulo de Cebú, hizo un viaje á España con pliegos de Legazpi para traer más religiosos, pero á su vuelta, en 1575, naufragó cerca de las islas Catanduanes y los salvajes lo sacrificaron á él y á nueve religiosos Agustinos más que traía; Fr. Pedro Gamboa murió en el mar en 1567; fray Juan de Alba, que se quedó solo evangelizando la isla de Panay, murió en 1577, y por último, Fr. Alonso Ximénez, á quien dejó Legazpi en la isla de Masbate, según queda dicho antes, y que al mismo tiempo predicaba en las islas de Leyte y Sámar, en un radio de más de doscientas leguas, separado por mares tempestuosos, murió también en 1577.

Casi todos eran jóvenes cuando se embarcaron para Filipinas, y aquel clima, los trabajos y penalidades que por amor de Dios y á la civilización cristiana se imponían, los devoraron materialmente. Sin embargo de esto, las misiones de los padres Agustinos fueron en aumento, porque su celo crecía con los martirios, y por sí solos sostuvieron el cristianismo en la extensa colonia, habiendo aportado á aquellas Islas en siete expediciones 32 religiosos Agustinos, los cuales, antes de llegar otras

Corporaciones religiosas, habían llevado la luz del Evangelio á muchas provincias, y aunque no podían permanecer en una sola por el poco número de religiosos que existían entonces, ya habían recorrido, en las Bisayas, las islas de Cebú, Bohol, Negros, Panay, Mindoro, y en Luzón las provincias de Camarines, Laguna de Bay, Ilocos, Batangas y todas las próximas á Manila.

¡Quién por incrédulo y falto de fe que sea dejará de admirar á esos verdaderos ministros del Señor, que por llevar su santa palabra á los oídos del idólatra no vacilan en sacrificar patria, familia y existencia! Todos los elogios que escritores españoles y extranjeros les han tributado son escasos para los hechos heroicos y sublimes que realizaron, pues de poco hubiera servido el valor y la constancia del benemérito Legazpi y de sus dignos compañeros si no hubieran consolidado su empresa el celo apostólico de los frailes Agustinos, que en verdad fueron los verdaderos conquistadores, pues sin otras armas que sus virtudes se atraieron las voluntades, hicieron amar el nombre español y dieron entonces al Rey, como por milagro, más de un millón de almas sumisas y cristianas. Aun hoy mismo, los enemigos del clero en Europa, los liberales más exagerados que se hallan exentos de miras bastardas y que de bue-

na fe profesan estas doctrinas, hacen una excepción, honrosa en verdad, en sus fanáticas ideas, en favor del misionero, que no es el general ambicioso, conspirador y ávido de mando y de riquezas, sino el verdadero soldado del Evangelio, el propagandista infatigable de la verdadera igualdad y fraternidad, del progreso y de la civilización, tal como siempre fué entendida en Castilla, hasta estos tiempos que hay quien niega toda gratitud á los misioneros que han conquistado un territorio dilatadísimo, venciendo á los hombres y al clima, es decir, á la naturaleza misma; y no tan sólo se les niega gratitud, hay más, causando honda pena decirlo: han llegado á publicarse en la católica España escritos pidiendo al Ministerio de Ultramar que echase de Filipinas á los religiosos; y es que el alma, el espíritu de los enemigos de España está en Madrid, para mengua y baldón de Gobiernos que tanto blasonan de patriotismo. ¡Pues qué corazón verdaderamente español no se estremece de placer al recordar las heroicidades de sus abuelos, el poema de la conquista de Filipinas, verdadero poema con todos sus elementos componentes, el maravilloso, el místico, el humano, lo real y lo ideal!

Séanos permitido esta corta digresión, que no es más que el justo desahogo de

una persona amante de España y de Filipinas, en donde ha residido los mejores años de su vida, y continuemos la narración empezada.

#### IV

Muerto Legazpi en 1572, recién fundada la ciudad de Manila y enseñoreados los españoles del centro de Luzón, eran tales los peligros que les rodeaban, que apenas se atrevían á salir de la fortaleza, á no ser armados y en correcta formación; pero era ya tan grande el ascendiente de los frailes sobre el indio, que salían solos y enteramente confiados de que no les sobrevendría mal alguno.

Detrás de Juan de Salcedo, que con su enérgico y al par diplomático proceder conquistaba las provincias, iban los pocos frailes Agustinos que había disponibles afianzando de una manera estable estas conquistas materiales; llegando á fundar á las puertas de Manila el convento de Tondo en 1572, más adelante los de Bulacán, Candaba, Calumpit, San Miguel, San Felipe, Dilao ó Paco, Sampáloc y otros en 1578, última fecha en que se citan funda-

ciones religiosas en las inmediaciones de Manila.

Siguieron después evangelizando las provincias de Cagayán, Isabela, Pangasinán é Ilocos Norte y Sur; pues aunque las tres primeras las administran hoy los padres Dominicos, por convenio con los Agustinos, éstos fueron los que difundieron en ellas las primeras luces del Evangelio, pues consta que en 1583 ya estaban en Cagayán é Isabela Fr. Diego de Rojas, y desde 1586 á 1590 Fr. Tomás Márquez.

En 1601 fundaron á Tagudín, pueblo limítrofe hoy de Ilocos Sur con la provincia de la Unión, y ya antes habían fundado á Bantay, misión entonces muy importante por la proximidad á las rancherías de la raza tinguián, de las cuales hoy existen ya pocos infieles, pues los padres Agustinos los han ido convirtiendo al Cristianismo, cuya obra puede decirse casi terminada desde que el célebre misionero Fr. Bernardo Lago fundó en 1830 y 1832 las misiones de Tayún y La Paz en la provincia de Abra.

En todos estos progresos que en Luzón hizo la civilización cristiana, bien poco ayudaron las armas; puesto que con doscientos ó trescientos soldados que entonces había disponibles, harto hacían los primeros capitanes generales con atender á los continuos asedios que dirigían los chinos

á Manila; y, por consiguiente, el interior de las Islas, sus progresos y hasta su defensa, corrían exclusivamente á cargo de los misioneros, y por tanto á los padres Agustinos en el extenso territorio que ocupaban en Luzón y en el resto del Archipiélago, no puede por menos de considerarse como el verdadero elemento civilizador del país, y los que asentaron sobre bases sólidas la dominación española en el Archipiélago, según seguiremos probando en este trabajo.

Además de las provincias antes relacionadas existe otra, cual es la de la Pampanga, en que se ve más palpable la influencia que desde el principio de la Conquista ejercieron en Filipinas los padres Agustinos. Ya en tiempo de Legazpi se insurreccionó dicha provincia, hasta el punto que fué preciso mandar al maestre de campo Martín de Goyti, el cual con ochenta soldados procedió á sofocar la rebelión; pero quienes verdaderamente terminaron la conquista fueron los padres Agustinos hacia fines de 1575, en cuya época fundó fray Juan Gallegos la iglesia de Lubao; y consta que este pueblo fué el que más resistió á Goyti.

La riqueza y el progreso que hoy tiene la Pampanga sólo se deben á los padres Agustinos, comprobando este aserto el siguiente hecho histórico. Cuando D. Simón

de Anda cometió el absurdo de echar de ella á los Agustinos, porque no le dieron el voto para Capitán general, los reemplazó con clérigos del país; pero desde que éstos se encargaron de la administración espiritual de los pueblos, decayó la provincia hasta un extremo lamentable, tanto que, por instancia de los siguientes capitanes generales, volvieron los Agustinos á encargarse de su administración, en la que son irremplazables, pues dados los malos elementos que allí hay, sin la asidua vigilancia y el paternal cuidado que los párrocos despliegan, cuando menos se pensara podría ocurrir un verdadero conflicto.

En la provincia de Zambales tampoco se fundó sólidamente ninguna misión, á pesar de haber ido á ella con anterioridad los padres Franciscanos, hasta que en 1584 se dirigió allí fray Esteban Marín, que fué quien primero aprendió la lengua tina ó zambal, yendo después á Ilocos, donde fué asesinado en 1601 en el pueblo de Tagudín.

También el padre Ximénez, de quien antes hemos hablado como apóstol de Masbate, recorrió la provincia de Albay—después de haber explorado ambos Camarines, Norte y Sur,—predicando el Evangelio en los primeros años de la Conquista; pero inmediatamente llegaron los padres Fran-

ciscanos y se las dejó para que éstos la administraran.

En Batangas los Agustinos consolidaron la obra evangélica principiada nada más por dichos padres Franciscanos, estableciendo misiones en San Pablo, Táal, Batangas y otros pueblos que hoy son ricos, florecientes y de primera importancia, puesto que los Agustinos, como las demás Ordenes religiosas, no se han limitado sólo á la predicación y conversión al cristianismo de los infieles, sino que han hecho los pueblos vadeando los rios, buscando sitios para puentes y venciendo obstáculos inmensos para introducir la civilización cristiana con sólo el celo apostólico; han hecho, en fin, la nación que hoy existe en Filipinas, pues en aquellos tiempos antiguos se sentaron los cimientos que después los alcaldes ó gobernadores consolidaron, pero siempre con ayuda de los párrocos, los cuales no pocas veces han solido costear las obras públicas cuando no había dinero en la Caja Real. Ejemplo de ello es, entre otros muchos que pudieran citarse, el magnífico puente de sillería nombrado Malagoulong, que estoy por asegurar es el mejor de su clase que hay en Filipinas, construído no hace muchos años entre la cabecera de la provincia de Tayabas y el pueblo de Pagbilao bajo la dirección y á

expensas del cura párroco de dicha cabecera, cuyo nombre y apellido siento no recordar ahora; pero quede consignado que fué un fraile misionero de la esclarecida Orden Franciscana. ¡Dónde puede hallarse más abnegación, mayor desprendimiento y más acendrado patriotismo? Por eso todos los gobernadores y el mismo Legazpi pedían á España con insistencia más frailes que soldados; porque por muchos que de éstos les hubieran podido mandar, no hubiesen sido bastantes para conquistar por la fuerza dos millones de habitantes extendidos en un territorio de más de 2.000 leguas cuadradas; y he ahí por qué cuando todas las misiones estuvieron completamente establecidas, la Conquista empezó á progresar de un modo maravilloso, pues la primera necesidad era conocer bien el país y las infinitas razas que lo pueblan, trabajo que en verdad no podían hacerlo los soldados, sino los misioneros que se establecían de una manera permanente.

Con esta estabilidad empezaron á conocer las numerosas agrupaciones heterogéneas de gentes que existían en el Archipiélago, las cuales no tenían más lazo común que la tierra que pisaban, siendo casi todas enemigas entre sí y estando en continua guerra; explicándose esto perfectamente, pues debieron haber venido al país por

naufragios, emigraciones ó por espíritu aventurero grandes agrupaciones de personas del Asia ó de la Oceanía; y al establecerse en las playas, si las hallaban pobladas arrojaban de allí á los pobladores, ó eran arrojados á los montes.

Esta diversidad de razas demuestra cuál sería el estado de las Islas en los primeros años de la Conquista, y los obstáculos que á ella se oponían. Dichas razas hablan de 35 á 40 idiomas y dialectos, sin contar las variantes más ó menos notables de los idiomas que se hablan en algunas provincias.

## V

Con estas y otras no menos graves dificultades tropezaban los misioneros al dar los primeros pasos en el país, costándoles no pocos trabajos y sinsabores ir vencíendolas.

Ignoramos á ciencia cierta los idiomas que se hablaban en tiempos de la Conquista, cuando los PP. Agustinos principiaron á evangelizar el país; hoy en el territorio que administran, ó sea en las provincias de Manila, Batangas, Bulacán, Nueva Écija, Pampanga, Tárlac, Ilocos Norte, Ilocos

Sur, Unión, Abra, Lepanto, Bontoc, Benguet, Cebú, Iloilo, Concepción, Cápiz y Antique, se habla el tagalo, chino, pangasinán, pampango, ilocano, tinguián, igorrote, suflin (en Bontoc), igorrote de Abra y de la Gran Cordillera y bisaya.

Hay, pues, que figurarse á los misioneros Agustinos para apreciar sus trabajos y los conflictos que á cada paso estaban expuestos, en un pueblo de esta naturaleza, mezcla confusa de razas enemigas, sin verdadero estado social y político, sin freno, sin ley, en un clima que aniquila las fuerzas del europeo y en un país intransitable. El Gobierno hubiera experimentado también estas dificultades para asentar una autoridad cualquiera, basada en las leyes de Indias, por tanto, paternal, suave, cristiana y bienhechora, y quién sabe si hubiera podido vencerlas, á no haber tenido el buen acierto todos los gobernadores, desde Legazpi hasta Pérez Dasmariñas, de abdicar por completo en el elemento religioso, único que, como hemos indicado, tenía sobre los indios autoridad moral sin ayuda de nadie.

Esta época de la historia de Filipinas es verdaderamente brillante y digna de la gran raza española, al frente de la cual figuraban los misioneros que se habían impuesto voluntariamente la obligación de

civilizar aquel país y el mundo ultramarino; pues aunque en Manila había un Gobierno, una Audiencia y un puñado de soldados, mal llamado ejército, todo esto no era más que en el nombre; y el Gobernador no conocía las necesidades de sus administrados, como hoy tampoco las conoce; ignoraba la situación y el número de sus pueblos, carecía de medios para hacer llegar á ellos sus órdenes, cuyas dificultades anulaban aun más á la Audiencia, pues en sus manos era la justicia una vara ciega que sólo podía herir en la obscuridad, toda vez que cada raza tenía entonces su religión, su carácter y manera de ser distintas, y lo que en una era virtud en la otra era delito. En cuanto al ejército, encerrado en sus principales fortalezas, no se atrevía á dar un paso en el país, cuyo terreno desconocía, y asimismo ignoraba la lengua, aparte de que todas las manifestaciones de la Naturaleza se presentan allí con grande é imponente majestad, y en un momento dado, sin que le hiriesen las flechas del enemigo, podía verse expuesto á no dar un paso y á perecer en uno de esos cataclismos que allí se suceden con demasiada frecuencia.

¿Qué hubiera conseguido el Gobierno enfrente de tantas dificultades sin tener en cada provincia, como tenía, dos, tres, cua-

tro ó seis héroes, apóstoles y mártires á la vez del patriotismo y de la virtud, que á un mismo tiempo hacían pueblos y caminos, mapas é itinerarios, juntaban á los indios en grandes agrupaciones, estudiaban su lengua, sus costumbres y creencias, y, sobre todo esto, escribían libros que servían al Gobierno, á los magistrados y á los hombres de guerra para ir poco á poco penetrando con planta segura por aquel laberinto?

- Todo esto se estudió y escribió, y además cuanto podía convenir á España y á la civilización cristiana, con una actividad pasmosa por aquellos hombres que tantos trabajos y penalidades arrostraban en medio de los bosques, devorados en flor por las enfermedades y las privaciones; siendo digno de notarse que en los veinticinco primeros años de la llegada de Legazpi ya existían diccionarios y gramáticas de todos los idiomas y dialectos, itinerarios y estudios geográficos de todas las provincias; porque las Ordenes religiosas en Filipinas no han descuidado un punto la civilización del país por todos los medios, y muy principalmente por el de la instrucción y de la literatura, y lo prueba los muchos libros que se han escrito, en su mayor parte sencillos y adecuados á la escasa inteligencia de los indios, á quienes se reparten gratis

impresos en su misma lengua ó en castellano.

La Orden de San Agustín, de quien venimos tratando, cuenta en Filipinas gran número de religiosos escritores, cuyas obras demuestran sus conocimientos en historia, geografía, lingüística, etnología, botánica y de todo cuanto pudiese elevar un grado en la escala social á aquellas razas separadas por completo del mundo civilizado; además, han dado á luz porción de *Memorias* y multitud de obras filosóficas sobre los usos, costumbres, condiciones y carácter de los indios, algunas de las cuales fueron repartidas á los magistrados para que pudieran aplicar la ley con criterio y rectitud.

No queremos pasar en silencio dos obras dignas de especial mención, siendo una de ellas la *Flora* del P. Blanco, libro de extraordinario mérito científico, el cual ha sido corregido y aumentado por dos padres de la Orden, y recientemente publicado á expensas de ésta en dos ediciones, una de ellas de gran lujo, ilustrada con cromos de toda la flora del Archipiélago; obra que por desgracia es más conocida en el extranjero que en España. La otra es el notable y bien escrito *Diccionario* geográfico, estadístico é histórico de las Islas Filipinas, escrito y publicado por los M. RR. padres

fray Manuel Buzeta y fray Felipe Bravo. En una palabra, todos los conocimientos que la Europa ha poseído partían para aquellas regiones debido á los misioneros, donde su patriotismo ha conservado para gloria de la Metrópoli el país más rico y más feraz de la tierra.

Decíamos antes que los misioneros han atendido á la civilización del país por medio de la instrucción, y así es verdad, pues al par que los escritores Agustinos difundían todos los conocimientos humanos, los demás misioneros generalizaban con el mayor interés la instrucción primaria en los pueblos que iban formando, porque siempre consideraron la enseñanza de las primeras letras, y sobre todo de la Religión, como el elemento más esencial para civilizar al indio y para irlo uniendo con lazos indestructibles á la Corona de España; y este celo de los párrocos por la instrucción ha hecho que en el Archipiélago se hallara mayor número proporcional de personas que tuvieran instrucción primaria que en España.

En igual interés por la enseñanza abundan las leyes de Indias, que disponen se haga cargo á los generales en su residencia por el abandono en la instrucción pública.

¿Qué dicen á todo esto los detractores de

las Ordenes religiosas? ¿Qué contestan los que desean echarlas de Filipinas, y en qué principio de justicia ó de conveniencia fundan tan descabellado deseo? ¿Qué han hecho ellos en pro del país, ó qué razones alegan al pedir que sea eliminado de las Islas el único elemento conservador que existe en ellas, la única palanca civilizadora que procura hoy, como siempre ha procurado, conservar á Filipinas para España, levantando allí nuestro nombre á una altura indecible para que lo echen por tierra aquellos que debieran levantarlo más?

Cuando pensamos que de esta manera se piensa en nuestra desgraciada patria, aunque con sentimiento, no podemos menos de atribuirlo á que el rebajamiento del carácter propio de la española raza va siendo por desgracia un hecho, bien desconsolador por cierto, pues hay muchas personas que se empequeñecen y degradan hasta el punto inconcebible de renegar de nuestras gloriosas tradiciones, combatiendo lo que enorgullecía á nuestros nobles, valientes y al par religiosos antepasados.

Si los *neo-reformadores* quieren gobernar á Filipinas mejor que hoy lo está, dejen quietas, no toquen á las Órdenes religiosas que siguen allí cumpliendo su alta misión civilizadora y patriótica, y no les faltará mejoras que hacer de las que el país

reclama y necesita. Así como los misioneros lo han civilizado y moralizado hasta colocarlo á la altura en que hoy se halla, hagan ellos por su parte que aumenten las rentas, para que las Cajas de Filipinas puedan servir de importante recurso en los apuros de España, mejóren las vías de comunicación, la agricultura y el comercio, que en todos estos ramos hallarán muchos abusos que extirpar y no pocos adelantos que hacer. Pero sigamos nuestro trabajo.

## VI

Ya queda á nuestro parecer demostrado que en los primeros años de la Conquista las Órdenes religiosas lo eran todo: gobierno, administración, defensa; enseñanza, patriotismo, literatura; en una palabra, todo; y los sucesos vinieron á hacer permanente esta situación á medida que fué comprendiéndose la extensión de aquel territorio, y conforme los peligros políticos y sociales se presentaban, conociéndose en su consecuencia la imposibilidad de emplear fuerzas materiales, que nunca fueron muchas las de que se disponía, aparte de que separadas la mayor parte de las provincias por largas distancias de Manila, y

siendo estas distancias casi infranqueables por los obstáculos que oponía la Naturaleza, era necesario buscar á la dominación española su defensa en los elementos del país, en las razas indígenas, y éstas no se agitan con heroísmo y decisión, sino á la voz de los religiosos, único elemento ilustrado de que podía disponer la autoridad. Por tanto, las verdaderas fuerzas españolas estaban en los conventos, no en los cuarteles; y si no, veamos comprobada esta verdad por hechos históricos.

Los chinos hicieron dos intentonas para apoderarse y conquistar las Islas, porque veían con malos ojos que España dominara en un país en que ellos habían dominado casi exclusivamente. En una de ellas, el capitán de ladrones Limahong, después de vencer al pirata, chino de nación como el anterior, llamado Ving-To-Kiang, puso en marcha una escuadra de cien barcos. Al pasar por Ilocos Sur se hallaba allí Juan de Salcedo fundando la ciudad de Vigan, y como le hicieron prisioneros 20 soldados que había mandado en un barco á desempeñar cierta comisión, comprendió que aquella poderosa escuadra iba en son de guerra contra Manila; por tanto, con pasmosa actividad se dirigió á esta capital en unión de 55 soldados que le quedaban, y llegó cuarenta y ocho horas después del

primer ataque, en que perecieron el maestro de campo Martín de Goyti y varios soldados, habiendo cundido tanto el pánico con esta sorpresa, que los indios aterrados se escondían en sus casas, de las que lograron sacarlos los frailes de San Francisco con sus animosas exhortaciones, á fin de que formando bulo alentasen á los españoles.

Estos combatían á la desesperada y consiguieron desordenar el cuerpo principal de los chinos, á quienes mandó embarcar su jefe Limahong, que con el grueso de la escuadra había fondeado en Cavite, donde estuvo dos días, dando con ello lugar á que se fortificasen los españoles y organizaran á los indios por parroquias, en cuyo intervalo llegó Salcedo con la fuerza de su mando. En el segundo ataque fueron rechazados los chinos y se embarcaron á la desbandada, yendo á parar á Pangasinán, de donde también los desalojó Salcedo, quemándoles la escuadra; entonces los pueblos, capitaneados por sus párrocos, salieron en persecución de los enemigos de su tranquilidad, favoreciendo en gran manera á sus protectores los españoles.

Veamos también el papel importante que desempeñaron los religiosos misioneros en la segunda intentona.

Más adelante averiguaron los religiosos

que entre los chinos residentes en Manila corría la voz de hallarse en su país preparada otra expedición de cien mil hombres para atacar las Islas en el próximo mes de Diciembre. La víspera de San Francisco recibió una confidencia el cura de Quiapo, que inmediatamente puso en noticia del Obispo, y éste en la del Gobernador. Gran número de conjurados estaba reunido á media legua de la capital y desafiaba parapetado á los españoles y á los pueblos circunvecinos, de los cuales aquella misma noche quemaron á Tondo y á Quiapo. El Gobernador les envió al chino Eng-Cang, sin saber que éste era el principal motor del alzamiento; pero lo que hizo fué ganar tiempo; al siguiente día, Luis Dasmariñas salió á batirlos con 130 españoles, y todos quedaron en el campo, siendo paseadas en triunfo sus cabezas por el Parián de los chinos. Envalentonados éstos, se dirigieron á Dilao, frente á la muralla que hoy mira al pueblo de Paco, y pusieron cerco á la ciudad; pero, gracias á la intrepidez y destreza de fray Antonio Flores, lego agustino, que había militado en Italia y Flandes y asistido á la memorable jornada de Lepanto, fueron rechazados en el asalto y luego perseguidos por la costa con una galeota que construyó el convento de San Agustín, haciéndolos replegarse á Cabuyao, y

luego dispersarse por las provincias de Batangas y La Laguna, donde los frailes, al frente de los pueblos, acabaron con todos ellos. Se calcula en veintitrés mil los chinos que murieron; Eng-Cang fué ahorcado y expuesta su cabeza en una jaula.

Para que se vea lo necesarios que eran para todo los religiosos, diremos: que hubo que echar mano del procurador del convento de San Agustín, fray Diego de Guevara, para que llevase á Madrid la noticia de esta victoria, y habiéndose embarcado para Malaca con fray Diego de Orive, pasaron de allí á Goa y Basora, atravesaron la Arabia disfrazados de mercaderes armenios; después se embarcaron para Candia y de allí á Liorna y Roma, llegando á España á los dos años de un largo y penoso viaje. Vayan aprendiendo los que sólo en los labios tienen la palabra patriotismo.

En las demás provincias, y sobre todo en Bisayas y Mindanao, no era menos importante el papel que desempeñaban los religiosos; pues si los piratas se atrevían con Manila, centro de toda la fuerza y vigilancia, ¿qué no sucedería en las provincias encomendadas única y exclusivamente á los frailes? Ni éstos ni los indios tenían un momento seguro de reposo, porque los pueblos ricos situados en la costa eran á lo mejor asaltados por la noche, y sus habi-

tantes amanecían amarrados bajo la cubierta de los barcos piratas, navegando para Joló y Borneo. Pero los frailes, siempre cuidadosos para procurar el bien de sus administrados, establecieron por carga concejil la vigilancia nocturna en las poblaciones.

Además, en todas las Bisayas y Mindoro, puntos que, por su posición geográfica, la defensa exigía mayores precauciones, porque el peligro era continuo, establecieron los frailes fortalezas escalonadas á corta distancia, dotando además á cada pueblo de embarcaciones que hicieran el servicio de policía por estilo de nuestros guardacostas, y los mismos frailes para animar á los indios á practicar bien el servicio se ponían al frente de estas expediciones contra los piratas, ocurriendo con bastante frecuencia que los abandonaban los indios y caían prisioneros, yendo á parar como esclavos á poder de los sultanes de Joló y Borneo. Así es que rara es la orden que no cuenta muchos mártires del bandolerismo pirata. Llegó á ser tan desesperada á veces la situación de los religiosos, que en algunas ocasiones ni aun misa podían decir la mayor parte del año por falta de vino, pues las embarcaciones que mandaban por víveres á Manila, ó naufragaban en el camino, ó las apresaban los piratas,

ó se perdían las provisiones durante la navegación, y más de una vez quedaron las islas abandonadas, por esclavitud ó por muerte de los misioneros; y cuando llegaba su reemplazo, que en ocasiones ocurría ser algo tardío, los nuevos frailes encontraban salvajes á los indios, que hasta temían de ellos y se fugaban á los montes.

Esto, que no podía menos de causar un retroceso en nuestra dominación, dió motivo á que se proyectaran en distintas épocas expediciones formales contra los moros, hasta que por último se estableció con carácter permanente una armada que, aun cuando reducida, dió buenos resultados.

Tales, tan difíciles y peligrosas fueron las bases del estado religioso y social de las Islas Filipinas en los primeros tiempos de la Conquista.

## VII

Como vamos probando, desde el primer establecimiento de los españoles en el Archipiélago, el carácter exclusivamente cristiano de la Conquista no pudo menos de influir en su gobierno, que desde luego procuró adaptarse á la manera de ser sencilla y patriarcal de aquellas gentes primi-

tivas; y si en alguna parte se toca la libertad que entraña el espíritu cristiano, es allí, donde se ve representado lo verdaderamente liberal, civilizador y justo.

Por eso al lado del omnímodo poder de que se hallaba revestido el Capitán general de Manila y los jefes de las provincias, estaban como contrapeso la Audiencia, el Obispo, las Corporaciones religiosas y los frailes, hasta hace poco, que los gobernantes se han empeñado en que los párrocos se estén en sus casas, digan Misa, prediquen y no se metan en el gobierno temporal; y así va marchando la cosa pública, pues los desórdenes políticos y administrativos, que han dado no muy envidiable fama á nuestro Gobierno en aquel país, sólo han tenido por contrapeso el elemento religioso, que por regla general siempre ha defendido lo bueno y lo justo para España y para los indios, amparando continuamente á éstos contra los abusos de autoridad, porque nunca han olvidado que, aparte del carácter de catequistas que tienen principalmente, pues allí los misioneros van sólo movidos por el noble y sublime impulso de la caridad cristiana, son los verdaderos y natos defensores del indígena, siendo además el brazo más robusto que siempre ha tenido á su disposición el Gobierno para la conservación y el buen

orden del país, según vamos viendo en el curso de este trabajo.

El fraile en Filipinas es afable en su trato, tolerante cuanto puede y debe serlo, obsequioso con los suyos y hospitalario con los extraños; vive en medio de los indios, compartiendo con éstos su alimento, prodigándoles consuelos, aliviando sus desgracias, desarrollando la riqueza de sus pueblos y mejorando las artes ó industrias que importaron en el país sus predecesores. Es más, por su acendrado patriotismo son los verdaderamente encargados de la policía en las localidades donde residen, llevan la estadística exacta de ellas, aumentan los tributos conquistados y procuran, ante todo, conservar á los indios en la obediencia más sincera al Gobierno.

Para ejecutar todo esto los misioneros que van á Filipinas, además de los votos que ordinariamente hacen los frailes, aumentan otro, el de permanecer siempre en el país, al que sacrifican patria, familia y afecciones por sólo hacer la felicidad de los indios. Por eso tienen allí tan gran influencia, la que ejercen en favor de España y de las autoridades que á Filipinas manda, debiéndose esta influencia á la costumbre que adquiere el indio de tenerle siempre á su lado, y como va dicho antes, aconsejándole, dirigiéndole y siendo su paño de lágrimas.

mas. El día que el religioso pierda esta influencia, puede el Gobierno, ó prepararse á sostener aquéllo á viva fuerza, lo cual es sobre costoso muy difícil, ó retirarse del país; y llegará á perderla si los Gobiernos que legislan con absoluto desconocimiento de Filipinas siguen introduciendo reformas de esas que quitan paulatinamente y de una manera artera la legítima y natural intervención que debe allí tener el fraile en todos los asuntos que atañen á la cosa pública.

Sólo el espíritu religioso, que los misioneros han sabido inspirar á la raza india, puede hacerle tolerables los errores cometidos en la organización administrativa del país; y no siendo por consiguiente el poder material el que allí impera, sino la fuerza moral, es preciso que ésta no concluya. Para ello conviene, más que disminuir, aumentar todo cuanto tienda á conservar el prestigio que el religioso tiene, y sobre todo que nunca pierdan de vista los Gobiernos que en Filipinas las teorías políticas y sociales que aquí corren no tienen aplicación alguna, porque aquel país es completamente distinto del nuestro, y por tanto, muchas de las reformas que allí se han introducido, y otras que, como consecuencia inmediata de las corrientes que hoy imperan, traten de introducirse, pue-

den no tan sólo ser ridículas é innecesarias, sino inconvenientes y aun peligrosas.

Sobre todo: ¿á qué darle á conocer al indio teorías que de nada le sirven, y libertades que él posee en el más alto grado, y que, sin darse cuenta, mal comprendidas y peor aplicadas pueden ocasionar serios conflictos al país? El indio es autónomo por excelencia; pero en realidad ni vida social ni vida política existen entre ellos, en la acepción que entre nosotros tiene esta palabra.

Si, pues, como queda dicho, aquel país es completamente distinto del nuestro, hay que conocerlo para legislar con acierto respecto á él. Por eso la única civilización adaptable á Filipinas es la que desde un principio con mucha sabiduría iniciaron los misioneros, cual es la que nos reviste de padres y de jefes al mismo tiempo; puesto que el indio es un niño, como éste inocente, pero al mismo tiempo malicioso en sumo grado, no necesitando, por tanto, que se ingiera entre ellos la llamada civilización política, pues allí, como hemos enunciado, no existe, ni existirá en muchos siglos, vida política, por las condiciones especiales de la raza.

Los visionarios que á ciegas resuelven desde Madrid todas las cuestiones que se refieren á las razas de Filipinas, descono-

cen que las reformas que piden serán hasta un peligro para la civilización del país, para quien se han dado leyes que, aun cuando dictadas en el siglo xvi, son mucho más liberales de lo que á primera vista parece; y en esto indudablemente consiste el atraso que en sentir de los innovadores modernos hay en Filipinas, puesto que no se han cometido tiranías, como sucede en otras colonias, para obligar al trabajo y á la vida culta á los indios, los cuales siempre han sido iguales á los españoles, y todos han estado regidos por un código blando y paternal, quizá en demasía, que considera al natural en perpetua infancia, como efectivamente lo está. Por tanto, si en Filipinas no tienen aplicación las leyes políticas que nos rigen, y la igualdad existe como en ninguna otra colonia, claramente está trazada la órbita en que deben girar las reformas que se hagan, y que ya las inició el espíritu católico, que si lo impusimos en los primeros tiempos, hoy se nos impone con toda la fuerza de una institución primitiva. Todo lo que sea salirse de esta órbita es provocar complicaciones, como por desgracia han ocurrido ya algunas, y la última no hace muchos años, que felizmente tuvo el término que otras, porque la Providencia de Dios vela por aquel país, que los desaciertos políticos de nuestros

Gobiernos procuran perder para España y para los mismos filipinos.

## VIII

En uno de los anteriores párrafos decíamos que los frailes en Filipinas llevan la estadística exacta de los pueblos y aumentan los tributos conquistados. En efecto, las Órdenes religiosas publican todos los años un *Estado general* de los individuos que tienen destinados en el Archipiélago, el cual *Estado*, además de varios datos interesantes que contiene, comprende el número de almas que administran, las personas que tributan, los que nacen y mueren y los casamientos que se celebran.

Para que nuestros lectores conozcan lo útil é interesantes que son estos *Estados*, hoy que á los datos estadísticos se da tanta importancia aun cuando de ellos no se saque por lo general el verdadero provecho que debiera, mostraremos en resumen uno de ellos, ó sea el *Anuario Estadístico de la Provincia del Dulcísimo Nombre de Jesús, de Padres Agustinos Calzados, correspondiente al año 1884* y publicado en 1885, por el cual se viene en conocimiento de que administran en la isla de Luzón las

provincias de Manila, Batangas, Bulacán, Nueva Écija, Pampanga, Tárlac, Ilocos Norte, Ilocos Sur, Unión, Abra, Lepanto, Bontoc y Benguet; en las islas Bisayas, Cebú, Iloilo, Concepción, Cápiz y Antique, ó sean diez y siete provincias; que tienen en doscientos diez pueblos una población que asciende á dos millones cien mil quinientas cuarenta y seis almas; de ellas sólo cuatrocientas ochenta y nueve mil novecientas cincuenta y cinco pagan tributo al Estado, verificándose al año veintidós mil setecientos sesenta y dos casamientos, ciento tres mil cuatrocientos treinta y cinco bautismos, y ocurriendo sesenta y ocho mil trescientas seis defunciones. Es decir, que en trescientos veintinueve años ha dado á España sólo esta Orden religiosa dos millones cien mil quinientos cuarenta y seis súbditos civilizados, cristianos, obedientes y sumisos. No puede pedirse que hayan hecho más en favor de la civilización y de la dominación española en las Islas. Y que el país está moralizado, tranquilo y próspero lo demuestra el aumento que anualmente se nota en la población, pues en el año antes expresado nacieron treinta y cinco mil ciento veintinueve individuos más que los fallecidos en igual período de tiempo, según hemos visto por los datos antes anotados; siendo de adver-

tir que en la provincia de Manila, la más civilizada al uso moderno, hubo un descenso de población de novecientas cuarenta y tres personas, porque nacieron cinco mil doscientas sesenta y siete, y fallecieron seis mil doscientos diez en los pueblos y parroquias de la capital y sus arrabales que administran los Agustinos.

Respecto al aumento de los tributos conquistados debemos decir, en honor de la verdad, que hoy únicamente es debido á los esfuerzos que para ello hacen las Órdenes religiosas, porque el Gobierno pone de su parte cuanto puede para dificultarlo, y allá va la prueba de este aserto.

Las antiguas leyes disponían muy sabiamente que los infieles que se convertían al Cristianismo y eran bautizados en pie, no pagasen tributo ni concurriesen á los trabajos comunales y vecinales el resto de su vida. Estas exenciones hacían que no pocos abrazaran la religión Católica, ó al menos que entregaran sus hijos á los misioneros para que los fueran catequizando, viéndose llenas de catecúmenos las escuelas que á su costa sostenían los frailes cerca de los territorios que habitan las muchas razas salvajes é infieles que aun existen en el Archipiélago ó dentro de sus mismos territorios.

Ocurrió que el Gobierno, en su empeño

de no dejar quieta cosa alguna, reformándolo todo á su capricho, derogó esta ley, creyendo que había de llevar pingües rendimientos al Erario público el aumento de la tributación con los nuevos convertidos; pero en esto, como en otras muchas cosas, sufrió un desengaño, pues como el indio infiel es muy interesado, se negó, desde el momento que se puso en vigor la ley, á oír las predicaciones de los misioneros, dando por razón que ya no les traía ventaja alguna ni á él ni á sus hijos hacerse cristianos; habiéndose visto el hecho, bien desconsolador por cierto, de cerrarse las escuelas de catecúmenos en la provincia de Nueva Vizcaya, donde á la sazón nos hallábamos cuando se mandó poner en vigor dicha ley, porque los igorrotos retiraron los hijos que tenían instruyéndose en ellas, quedando baldíos tantos sacrificios como hacían los padres Dominicos para sostenerlas, y defraudadas las esperanzas del Gobierno, que con tan desatentado proceder creyó aumentar las rentas del Erario público; pues si bien es verdad que la tal reforma llevó á sus arcas unos cuantos pesos fuertes, en cambio perdió la mucha tributación que representaba para el porvenir la conversión al Cristianismo de bastantes infieles, y de los numerosos catecúmenos que asistían á las escuelas, funda-

das para ellos en todos los pueblos, cayendo además esta reforma en mengua de nuestra dominación en las Islas.

Más de sesenta jóvenes de ambos sexos, procedentes de los igorrotos que habitan el barrio del *Cutug*, contiguo á Bayombong, cabecera ó capital de la provincia de Nueva Vizcaya, catequizaba el virtuosísimo misionero R. P. fray Joaquín Guixá (q. s. g. h.); cerca de ciento tenía instruyéndose en la doctrina cristiana y en las primeras letras el muy celoso vicario del pueblo de Bambang R. P. fray Teodoro Jimeno; casi otros tantos asimismo catequizaba el no menos celoso é infatigable misionero del territorio del Ibung, R. P. fray Juan Villaverde, y también en los demás pueblos de la provincia, y en la misión viva de Diadí eran no menos fructíferos los trabajos evangélicos que hacían los padres Dominicos para convertir al Cristianismo á los muchos infieles que allí hay; ¡pero en un día todo cayó por tierra y quedaron desiertas las escuelas!...

A tenor de lo ocurrido en Nueva Vizcaya debió suceder en las demás provincias del Archipiélago, cuando se mandó poner en vigor la malhadada ley de que venimos ocupándonos. ¡Así se gobiernan nuestras colonias!

Cuando salimos de la provincia, por encargo de todos los padres de ella fuimos, en unión del procurador entonces, y hoy dignísimo Obispo de Nueva Segovia, ilustrísimo y Revdmo. P. Fr. José Hevia y Campomanes, y de otro padre cuyo nombre sentimos no recordar, á ver al entonces director de Administración civil y al intendente de Hacienda; pero á pesar de haberles dicho cuanto el caso requería, nuestras razones y súplicas, hechas para conjurar tamaño mal, se perdieron en el vacío, pues si dichos funcionarios hicieron algo en favor de tales y tan justísimas pretensiones, el Gobierno atendió por completo esta legítima demanda.

¡Qué contraste ofrece la conducta de nuestros gobernantes con la del gran Felipe II!; aquéllos dificultando la evangelización, ó sea la única verdadera civilización no sólo del indio, sino de todo el género humano; éste.....; pero veamos lo que el Prudente rey pensaba en la materia de que vamos tratando.

El Sr. D. José Fernández Montaña, en su obra titulada *Nueva luz y juicio verdadero sobre Felipe II*, á la página 177 dice: «El »P. Claudio Clemente, de la Compañía de »Jesús, en la tabla cronológica del gobierno Eclesiástico y secular de las Indias, á »la pág. 228, edición de Valencia, año de

»1689, contiene la célebre «respuesta del  
»rey Felipe II á los conquistadores de las  
»Islas Filipinas», luego que pretendieron  
»desampararlas, «porqué para conservar-  
»las habían de ser mayores las costas que  
»los provechos». Respondióles así Su Ma-  
»jestad: «que por la sola conversion de un  
»alma de las que avian hallado daria todos  
»los tesoros de las Indias; y cuando no bas-  
»taran aquellos daria todo lo que España le  
»rendia de bonísima gana; y que por nin-  
»gun acontecimiento avia de desamparar  
»ni dexar de embiar predicadores y minis-  
»tros que diesen luz del Santo Evangelio á  
»todos, y cuantas provincias se fuessen  
»descubriendo por muy pobres que fuessen  
»y muy incultas y estériles, porque á él y  
»á sus herederos la Santa Sede Apostólica  
»les avia dado el oficio que tuvieron los  
»Apóstoles de publicar y predicar el Evan-  
»gelio; el cual se avia de dilatar allí y los  
»infinitos Reynos quitándoles el imperio á  
»los demonios y dando á conocer el verda-  
»dero Dios, sin esperanza alguna de bie-  
»nes temporales». Respuesta digna no ya  
»de Felipe II, sino del Papa más Santo y  
»celoso por la gloria de Dios y bien del gé-  
»nero humano». ¡Qué rey tan grande y qué  
Gobiernos tan pequeños y miserables los  
de ahora!

Aduciremos otro hecho respecto á la tri-

butación, que también demuestra el poco tino de nuestros Gobiernos al reformar las leyes del país. En 1862 se dispuso que las alteraciones en el padrón tributario se hicieran por la Intendencia de Manila sin oír para nada á los párrocos, cuando antes se verificaban por éste con el gobernadorcillo; desde entonces el tributo fué en baja porque no habia quien fiscalizara en los pueblos al cabeza de barangay y al gobernadorcillo, y éste da ó no cuenta al jefe de la provincia de dichas bajas, resultando de aquí que el Centro, que entiende en lo relativo á las contribuciones é impuestos, sospechando ocultaciones, no da curso á las bajas que se le dan y compensa éstas con los aumentos que pueda haber, es decir, que figuran como tributantes muchos que han muerto hace años, y en cambio se echan de menos en el padrón muchísimos que debían figurar en él; de modo que se ha sustituido á una fiscalización regularizada un casuismo fiscal de pésimos resultados para la moralidad y buena administración de las Islas; viniendo esto á demostrar una vez más que la única organización social, política y económica allí posible y conveniente es la que introdujo el Cristianismo en los primeros tiempos de las misiones y que convierte aquella sociedad en un verdadero patriarcado.

Ahora bien: si la organización administrativa adolece de algunos defectos ó vicios, bueno es purgarla de ellos, pero no destruir en manera alguna lo existente, basado todo ello en la experiencia de tres siglos y fundada ésta en la manera de ser peculiar y propia del país, que ni pide ni le hacen falta reformas descabelladas á todas luces, y mucho menos las que merman influencia á los párrocos misioneros de Filipinas, á quienes más bien conviene darles una participación y representación en los pueblos, en la confianza de que todo el prestigio que se les dé aumentará el que siempre ha tenido España en el país. Porque no hay que olvidar nunca que el religioso, además de ser allí un elemento oficial, es quien más ama á Filipinas y al indio, y el que verdaderamente se halla identificado con sus necesidades y aspiraciones. En una palabra, que es la parte integrante de la fuerza moral y material que allí sostiene á España, y el lazo más fuerte que nos une al indígena; por tanto es necesario, y más que necesario indispensable de todo punto, llevar al misionero á participar de una manera directa y eficaz en la existencia administrativa de las Islas, que es en Filipinas la única política posible, pues dándose al párroco parte en la administración y gobierno de la localidad en

que reside, se evitará de este modo que él asuma por sí esta participación, lo que en conciencia no puede dejar de hacer en circunstancias dadas.

## IX

Vamos á concluir; pero antes queremos ofrecer un justo tributo de respeto y de entusiasta admiración á las Órdenes religiosas de Filipinas, que en trescientos veintinueve años que llevan de existencia en aquel país, en el extenso territorio que administran han formado, de una raza que al principio de la Conquista se hallaba en la más espantosa barbarie, el pueblo más rico de todas las colonias europeas en Asia y Oceanía.

Orgullosas pueden mostrarse las Órdenes religiosas del resultado que han tenido sus titánicos esfuerzos para organizar un país de tal manera que un escaso número de personas pueda gobernar y mantener tranquila una población de más de seis millones de habitantes sin emplear la fuerza para someterlos, sino la justicia bien entendida aplicada paternalmente, concediendo al natural todas las libertades y prerrogativas de que goza, teniendo sólo

en cuenta que el indio es un niño á quien la ley protege, y por eso el conquistador le dijo: «Dios me encamina á vosotros: fiaos de mí; os ofrezco el apoyo y la indulgencia que debe un padre á sus hijos.»

Es verdad que la conquista de Filipinas no ha enriquecido á España, pero ha reportado de ella la satisfacción de haber obrado el bien llevando la abundancia, la paz y la felicidad á individuos que carecían de estos beneficios, reuniéndolos en pueblos, comunicándoles su sacrosanta religión, sus conocimientos, sus leyes indulgentes, y dándoles, en una palabra, todo aquello de que carecían.

¿No hay motivos suficientes para que puedan enorgullecerse las Órdenes religiosas de haber llevado á cumplido término la noble y alta misión religiosa y civilizadora, que voluntariamente se impusieron, de dar la felicidad á los indios en lo espiritual y temporal, reduciéndolos, civilizándolos y dándoles la organización social que hoy tienen?

Todo esto lo hicieron empleando los medios más eficaces que se conocen: la constante enseñanza, la predicación, el ejemplo y su acendrado y nunca desmentido patriotismo.



EN LA IMPRENTA DE LA VIUDA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS

*Miguel Servet, 13.*